

BERENJENAS Y ENCAJES

La fama que Almagro ha obtenido con su industria berenjenera no ha trascendido, como es el caso de los encajes, las fronteras nacionales, pero ha corrido parecida suerte, aunque por diferentes motivos, que la blonda.

Después de algunos años de euforia de una industria que tuvo su origen en la fabricación casera, hoy día Almagro ha perdido la principal fábrica que le dio fama y ha vuelto a apreciar el producto en orza, aunque existen algunas e importantes empresas que han recogido la herencia y que han de soportar una fuerte competencia en pueblos como Bolaños y Aldea del Rey.

La artesanía encajera, por el contrario, ha seguido una trayectoria más dilatada y más firme, y en la actualidad la incorporación de la máquina no ha podido igualar la calidad de unos enredos hechos sobre la almohadilla en largas tardes de verano o al cobijo de un invierno extremado. Lejos están los días en los que, según contaba en 1845 el prestigioso político y escritor Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España, la artesanía almagreña empleaba a más de ocho mil mujeres repartidas por 22 pueblos de la provincia, en unos tiempos en que Almagro contaba con poco más de dos mil habitantes. Lejos también el año (1841) en que, según consta en la citada obra, la blonda almagreña obtuvo la medalla de oro en una exposición nacional, en lejana rivalidad con las catalanas. Sin embargo, la tradición encajera transmitida de generación en generación se resiste a morir en unos momentos en que la máquina acapara las mayores producciones, y la blonda artesanal parece extinguirse con la muerte de las últimas ancianas que todavía la practican. Los cursos de promoción y los concursos organizados por el ayuntamiento, quizá hagan poca huella en las nuevas genera-

ciones, que se ven poco atraídas por un trabajo paciente y organizado de manera poco rentable.

UN FUTURO TURISTICO

En la actualidad se ha incluido a Almagro en buena parte de las guías turísticas, y su parador nacional se ve frecuentado por visitantes muy diversos que siguen los consejos de las agencias de viajes. Su importancia histórico-turística ha empezado a tenerse en cuenta por las instituciones públicas, que están interesadas en promocionarlo.

Quizá sea una buena solución para un pueblo que ha experimentado una gran emigración, y que además de lo citado, puede ofrecer el atractivo turístico de contar con una plaza de toros en la que se han visto los mejores carteles de la Mancha, o la inmejorable situación de una zona que conecta con la ruta del vino y la del Quijote, o que incluye parajes como el parque nacional de las Tablas de Daimiel.

De lo que no se puede dudar es de la intensa aventura histórica vivida por Almagro, y de la herencia que aún conserva de aquellos años. Un legado que el propio rey Carlos IV sintetizaba en el siglo XVIII al darle el rango de ciudad: «Sabed que la villa de Almagro es cabeza de 46 pueblos, y muy antigua su población: Que se compone de cerca de tres mil vecinos; dos parroquias y venerables cabildos eclesiásticos, con ocho conventos de religiosas y religiosos, universidad aprobada, crecido número de reales fábricas de blondas y encajes, administración de rentas provinciales y dos juzgados, establecimiento de los grandes Maestres de Calatrava, ayuntamiento perpetuo, apacible y hermosa situación y edificios, y trato racional y político entre las gentes que lo componen».

J. DE PABLOS ALCAZAR